

decidiera á ser el primero en atacar, esperando disipar así la tormenta que le amenazaba.

V.—FEDERICO EL GRANDE Y EL CONDE DE BRUHL.

En la sesión pública que la Real Academia de Berlín celebró en 24 de enero de 1787, seis meses después de la muerte de Federico el Grande, el conde de Hertzberg que había sido ministro suyo, leyó un discurso sobre las causas de la guerra de siete años con la pretensión de revelar grandes secretos políticos, discurso que con gran daño del rey ha sido considerado como tal revelación de secretos hasta nuestros días. Para formar juicio del mérito de este escrito bajo este punto de vista basta citar aquí el que merecieron al autor como comprobantes de la conspiración de las cortes de San Petersburgo y Viena contra la Prusia, los despachos originales de los ministros de Austria y Sajonia cogidos por el rey Federico cuando su ocupación de Dresde. Dice: «Fundándose en estos despachos originales escribí y publiqué la famosa *Memoria razonada* (1), en la cual se probaba la existencia de los planes de guerra contra la Prusia y los propósitos de su repartición eventual. Queda probado que estos planes existieron; pero como solo eran eventuales para el caso de que el rey diese motivo á la guerra, quedará siempre dudoso si estos planes habrían llegado alguna vez á realizarse y si hubiese sido mas peligroso aguardar el ataque que ganarles por la mano. Sea de esto lo que quiera, la curiosidad del rey y la circunstancia de encontrar un traidor en la persona de un escribiente del gobierno sajón, son la causa indudable de aquella guerra horrible de siete años que ha hecho inmortal á Federico II y á la nación prusiana, pero que llevó á esta monarquía al borde de su ruina» (2).

Entre las personas que rodeaban al gran rey ninguna podía estar mas convencida de la imposibilidad de evitar esta guerra, que la encargada de hacer públicos con los documentos comprobantes á la vista, los motivos de justicia en que basaba el rey su conducta. No fué sin embargo así; según vemos por lo que dijo esta misma persona, treinta años después de aquellos sucesos estaba muy lejos de tener tal convicción. Verdad es que no expresa tampoco la contraria, pero la duda que manifiesta viene á decirlo, y esto para el caso es lo mismo.

Si para el propio ministro del rey de Prusia fué la causa indudable de la guerra el descubrimiento que hizo la curiosidad del rey, y si aquel hombre de Estado no se atreve á afirmar, si los planes evidentemente hostiles, bien que solo eventuales, de sus vecinos se hubiesen realizado aun sin esta causa del descubrimiento de su conspiración, claro está que para toda otra persona independiente y que ninguna consideración tuviera que guardar á la causa prusiana, el rey Federico no tuvo motivo suficiente, ni mucho menos imperioso para comenzar las hostilidades, y que de consiguiente debe considerarse como autor culpable de la guerra. Esta conclusión es, sin embargo, completamente falsa, conforme nuestros lectores mejor informados ahora saben. El rey Federico y su ministro ignoraban muchas cosas que hoy influyen muy poderosamente en nuestro juicio, ni supieron jamás cuánto se había comprometido ya con la corte de Viena el gabinete de Versalles antes de que el rey de Prusia verificara su invasión en Sajonia. Lo que sabían y esto en virtud de documentos irrecusables, bastó perfectamente para justi-

(1) Que el rey de Prusia remitió á todas las cortes para justificar su conducta. (N. del T.)

(2) Se encuentra este discurso en los *Nouveaux mémoires de l'académie royale des sciences et belles lettres*. Berlín 1787, páginas 333 y 334, y en las *Huit dissertations du Comte de Hertzberg*, Berlín 1787.

ficar las consecuencias que sacó el rey respecto del inminente ataque alevoso que meditaban sus vecinos, y para desvanecer las dudas que Hertzberg tuvo después por conveniente manifestar. Jamás estuvo Federico II tan distante de atentar á la paz por impremeditación que en el momento en que pareció hacerlo; porque así como eran vastas y trascendentales las reformas en que le vemos ocupado en este período, del mismo modo y en igual medida eran pacíficas las intenciones con que observaba los sucesos políticos. «Mi sistema actual, escribió en su testamento político en el año 1752, es la conservación de la paz mientras sea posible sin menoscabo de los derechos sagrados de mi reino. No nos toca volver á encender la guerra, porque un golpe de mano feliz como la conquista de Silesia se parece á uno de esos libros originales que tienen éxito, pero cuyas imitaciones son desdichadas. Desde entonces nos hemos atraído los celos de Europa; nuestros vecinos nos observan, y ninguno de ellos se fia de nosotros.»

Una prueba de la sinceridad de estas intenciones puede darnos el aumento constante de la riqueza, de la prosperidad y de la fuerza militar que trajo cada nuevo año de paz á la Prusia. Con verdadero orgullo se detiene Federico en el capítulo octavo de su *Historia de la guerra de siete años* en una parte de sus tareas pacíficas que no hemos relatado todavía, á saber, su solicitud por aumentar la población, el movimiento industrial y mercantil, las defensas de las plazas fuertes y el número, instrucción y armamento de su ejército. Años antes había ya considerado el arte de hacer conquistas pacíficas en el propio país como uno de los rasgos mas admirables de su padre, y no titubeó en seguir sus huellas. Desde Kustrin hasta Svinemunde el Oder atravesaba dilatados terrenos pantanosos desde tiempo inmemorial incultos. Concibió Federico la idea de desecarlos y ganarlos para el cultivo, lo cual logró en parte con un canal abierto desde Kustrin á Wrietzeu, y pudo establecer 2,000 colonos con sus familias en los terrenos ganados. Otras 1,200 familias encontraron hogar y prosperidad en los terrenos desecados por medio de otro canal desde Schwedt hasta mas allá de Stettin. «Esta, dijo el rey, era ya una nueva, aunque pequeña provincia conquistada por la laboriosidad sobre la indolencia y pereza.» En el ducado de Magdeburgo se hacia la siega también desde tiempo inmemorial por extranjeros que acudían cada año del Voigtland (Sajonia) y regresaban hecha la recolección á su país con el fruto de su trabajo. Para evitar este perjuicio al país les ofreció el rey terreno donde establecerse y lo aceptaron muchos. Por este estilo aumentó Federico la población en los años de paz llegando á 280 el número de aldeas nuevas que en este tiempo se fundaron. Igual solicitud dispensó á las ciudades y á sus industrias. Las manufacturas de lana que empezaban á desarrollarse estaban escasas de operarios prácticos, y para vencer esta dificultad, los llevó Federico del extranjero formando con ellos varias aldeas de 200 familias cada una. En la desembocadura del río Svine fundó la plaza marítima y puerto de Svinemunde, á cuyo fin mandó ahondar el canal y dragar el puerto, con lo cual el comercio de Stettin economizó los derechos que tenían que pagar sus buques al pasar por las aguas de Wolgast. Así se aumentó considerablemente la prosperidad de aquella ciudad y en ella se establecieron extranjeros en gran número. En muchas ciudades nacieron nuevas fábricas, especialmente en Berlín, Potsdam, Brandeburgo, Francfort del Oder y Magdeburgo, y en todas las provincias se fomentó la plantación de moreras (3) para la

(3) Aun existen algunos de estos árboles en varias localidades, pero el clima frío del Norte de Alemania no les es propicio, y fuera de algunos aficionados, como maestros de escuela, etc., no se ocupa nadie ya en este ramo de producción. (N. del T.)

cria del gusano de seda. Donde abundaban los grandes bosques, y no había vías fluviales para la extracción de la madera, se establecieron grandes fundiciones y herrerías que gracias al combustible barato proveyeron en poco tiempo al ejército y las plazas fuertes de cañones, balas y bombas. Descubriéronse criaderos de sal en el principado de Minden y en el condado de Mark, que inmediatamente se pusieron en explotación, al paso que se perfeccionó la de la salina de Halle. El comercio interior fué fomentado por un lado con grandes derechos de entrada que se impusieron á los arte-

factos extranjeros, y por otro con la rebaja de los derechos de exportación en los puertos de Stettin, Königsberg y Colberg; con cuyas medidas se logró también un gran aumento en los rendimientos de las aduanas. La consecuencia general de todo esto fué el crecimiento de la población y de los ingresos del tesoro, sin aumentar los impuestos corrientes. El tesoro presentó en 1756 un aumento de 1.200,000 talers (4,500,000 pesetas), sin contar los ingresos de la Silesia y de la Frisia Oriental. El censo total de la población de toda la monarquía arrojó el número de 5,300,000



El Conde de Bruhl. Copia de un grabado en cobre hecho en 1750 por J. J. Balechon, sacado del cuadro original de Luis de Silvestre

almas; á cuyos datos añadió Federico en la citada obra, la observación siguiente: «Siendo cosa admitida que el número de almas de la población constituye la riqueza de los Estados, podía considerarse entonces el poder de la Prusia doble del que había tenido en los últimos días de Federico Guillermo, padre del rey.»

El aumento del poderío con los recursos interiores mas naturales y sólidos fué el objeto de toda esta actividad, que de ningún modo excluía, sino que muy al contrario exigía la simultánea y enérgica preparación para la guerra. Todos los años se ponía sobre las armas todo el ejército, para su instrucción y práctica continua en todo cuanto exigía el servicio de campaña hasta en los casos mas eventuales. Aumentóse la artillería con tres batallones; las obras defensivas de las plazas de Neisse, Cosel, Glatz y Glogau fueron reforzadas y trasformada la ciudad de Schweidnitz en plaza

fuerte. En los almacenes y parques militares se acumularon grandes provisiones de víveres, uniformes, armas y material de guerra de toda clase; las guarniciones de Silesia, Prusia y la Marca Electoral fueron reforzadas con 13 batallones; en fin, en el ramo militar desplegó Federico II una actividad como si cada día hubiese de sostener una nueva guerra; actividad que no era sino el cumplimiento del deber que tenía el rey de velar por la seguridad de sus dominios. «En un país pobre, dice en sus obras, no halla el soberano recursos extraordinarios en los bolsillos de sus súbditos, y su deber es atender á los gastos extraordinarios que se presentan con economías y sabiduría. Las hormigas recogen en verano lo que consumen en invierno, y el rey debe hacer en tiempo de paz los ahorros que tiene de emplear en la guerra. Este punto, por desgracia importantísimo, no se había olvidado, y así pudo atender la Prusia, á varias campañas

con recursos propios; y estaba, en una palabra, pronta a presentarse en la liza, y a medir sus armas con las de sus enemigos a la primera señal.»

A pesar de la conquista de la Silesia, no dejaba de ser Federico todavía rey de una zona fronteriza y de estar obligado por la extraña configuración de sus dominios a mantenerse noche y día sobre las armas haciendo constantemente centinela, si no quería exponerse a ser juguete y ludibrio de sus vecinos. A esta posición se agregó el odio implacable de la emperatriz María Teresa que, conforme sabía Federico muy bien, esperaba con ardiente impaciencia el momento de vengarse de él, y hacia esfuerzos increíbles en el ramo de hacienda y de guerra para poner sus ricos dominios a la altura de la monarquía militar prusiana, y aun si posible fuera superarla. Un noble de Silesia, el caballero de Fürst y de Kupferberg, a quien el rey Federico nombró después para el elevado puesto de gran canciller, y había enviado en 1752 a Viena para arreglar con aquel gobierno la cuestión de la deuda de Silesia, fué el primer extranjero que vio, observó y apuntó en todos sus detalles y en el sitio mismo el cambio enorme realizado en el estado interior del Austria (1). No fué grande la satisfacción que tuvo Federico II al saber que su régimen servía de modelo en la antigua Austria para trasformarla en otra Austria moderna; que el ministro de hacienda de la emperatriz, conde de Haugwitz, imitaba la dirección general de hacienda de Federico Guillermo de Prusia, y montaba la recaudación de impuestos directos exactamente como estaba organizada en este último país; que se habían introducido en el arma de artillería la organización y los ejercicios prusianos de la misma arma; que el príncipe de Lichtenstein la había elevado a una gran altura con la creación de una academia de artillería y con el aumento de esta arma hasta 6 batallones. «Llevará el uso de los cañones, dice Federico el Grande, al monstruoso abuso a que ha llegado hoy día.» La misma emperatriz no respiraba mas que guerra y armamentos y se dedicó con celo increíble a instruir y reformar la oficialidad de sus ejércitos separando los elementos incapaces y ascendiendo a los individuos peritos y útiles. Visitó en persona los campamentos de Praga y Ollmütz, para animar el espíritu del ejército y halagar y recompensar a todos los que se distinguían ventajosamente. En las inmediaciones de Viena creó una academia militar en la cual la juventud noble recibía una instrucción esmerada en todo cuanto necesitaba saber un oficial de ejército. En sus manos adquirió el ejército austriaco un grado de perfección que jamás había tenido bajo el mando de ningún emperador, y con razón escribió Federico II en su historia de la guerra de siete años: «Una mujer realizó cosas dignas de un grande hombre.»

En el último año de paz de este período se respiraba en toda la diplomacia que rodeaba a la Prusia una atmósfera que recordaba la expresión de Federico Guillermo I: «Hay que ponerse yelmo para sacar la cabeza fuera de la ventana.» Cuando redactó Federico II su testamento político en 1752 estaba por cierto muy distante de entregarse a ilusiones respecto de las intenciones de sus vecinos; pero no estaba preparado para la situación que se le empezó a revelar en el año siguiente (2). Completamente imposible era para Federico II informarse por la vía ordinaria de lo que pasaba en San Petersburgo y Viena. En esta última capital, donde antes

(1) Véase en las obras de RANKE, tomo XXX, pág. 1 hasta 60. *María Teresa, su monarquía y su corte en el año 1755*; sacado de los papeles del gran canciller Fürst.

(2) De 1753 datan, según el citado discurso de Hertzberg, las primeras revelaciones diplomáticas que tuvo Federico.

todos se divulgaba de una manera u otra, era desde algunos años absolutamente imposible llegar a saber la cosa mas pequeña. Todos los negocios de la política extranjera estaban concentrados en manos del gran canciller conde de Kaunitz; esta era impenetrable, y sus secretarios inaccesibles e incorruptibles. Mas imposible era, si cabe, descubrir nada de la política rusa. Federico II, enemistado completamente desde 1750 con la emperatriz Isabel (3) y no relacionado todavía, como lo estuvo después, con el gran duque heredero, solo por casualidad podía haber logrado algunos informes por la vía de la diplomacia inglesa; pero estaba también completamente reñido desde 1750 con su tío el rey de Inglaterra, hasta el punto de que no se guardaban ya entre los dos gobiernos ni las consideraciones mas usuales de la cortesía exterior. En semejantes circunstancias no quedó al rey de Prusia mas recurso que cohechar empleados subalternos a fin de comprarles las noticias que necesitaba para ver claro y ajustar a los acontecimientos su conducta. En Berlín le daba noticias confidenciales un baron de Weingarten y conde de la Puebla, secretario del embajador austriaco en la corte de Prusia, y en Dresde un tal Menzel, secretario de la cancillería secreta del gobierno sajón. El primero facilitaba copias de todos los despachos que su jefe recibía de San Petersburgo, Viena y Londres; y el otro remitía copias de los convenios que celebraba el gobierno sajón con la Rusia, y de la correspondencia del conde de Brühl con el conde de Bestusheff y con el de Flemming en Viena. De esta manera reunió Federico en copias desde 1753 hasta 1756 el material de actas que posteriormente encontró en original en el archivo de Dresde, teniendo la satisfacción de convencerse y de convencer al mundo entero de que habían servido a pedir de boca. Hasta el momento en que publicó estos informes con los comprobantes al lado para justificar su invasión en Sajonia, y la guerra que hizo al Austria, ocultó perfectamente las inteligencias que mantenía. La justificación fué publicada en idioma francés con el título de: *Memoria razonada sobre la conducta de las cortes de Viena y de Sajonia, y sobre sus planes peligrosos contra S. M. el rey de Prusia, con los documentos justificativos originales que sirven de comprobantes*, Berlín 1756. Conforme ya sabemos, se alabó el conde de Hertzberg de haber redactado esta Memoria, pero el estilo denuncia como autor al mismo rey Federico, porque ninguna otra persona de todas cuantas escribían en aquel tiempo en idioma francés tenía este estilo. Además habla el autor con tan profunda convicción, que la comunica al lector imparcial, al cual prueba la exactitud de lo que dice con documentos, y no dice una palabra mas de lo que prueba. Como Hertzberg se presentó 30 años después vacilante y faltar de convicción, debe suponerse que no fué el autor de la justificación, pues que no habría cambiado tan radicalmente de parecer. Ninguna persona que ha llegado a expresar tan enérgicamente una convicción, fruto del estudio personal de los documentos, puede ya renegar de ella hasta el punto que renegó Hertzberg, en ninguna época posterior de su vida; y como la redacción recibe su fuerza verdadera de la dialéctica inexorable que nace únicamente de la fe inquebrantable en su derecho, no dudamos que Hertzberg contribuyó a la redacción de esta Memoria tan solo como secretario que escribía lo que le dictaba el rey, ó bien que puso en limpio el original escrito por el rey mismo para darle aquel pulimento que Federico II creía indispensable en todo lo que destinaba a la estampa.

(3) Por las crueles y groseras críticas que hacía de su conducta personal de *Mesalina* desenfadada. Este era el secreto del odio feroz de esta mujer, que por lo demás era bondadosa. (N. del T.)

Esta Memoria-manifiesto parte en su tesis del convenio de repartimiento de la Prusia, celebrado entre Austria y Sajonia en 18 de mayo de 1745, como complemento del otro tratado hecho en Varsovia en 8 de enero del mismo año. Este documento presenta la meta de los ensueños de gran potencia a los cuales el rey de Polonia y elector de Sajonia, Augusto III, y su ministro Brühl jamás renunciaron en todos los vaivenes políticos y militares. En él se dice que ni Austria ni Sajonia-Polonia podrán esperar jamás reposo, tranquilidad ni seguridad mientras no se reduzca la Prusia a un Estado inofensivo por medio de una disminución radical del territorio. Se convino en él además, para el caso de victoria completa, en restituir al Austria la Silesia con el condado de Glatz; dar a la Sajonia el ducado de Magdeburgo con el distrito de Saale, el principado de Krossen con el distrito de Züllichau, los feudos bohemios de Kottbus, Peiss, Storkow, Beeskow, Sommerfeld con sus señoríos en la Lusacia y además el distrito de Schwiebus. En esto se ve la política infantil y traviesa del hombre que debía todo cuanto era en su país a medios arteros y a sorpresas, en lugar de haberlo ganado con su trabajo. Así fué su política, que como demuestra este convenio, procuró el propio engrandecimiento con el auxilio extranjero y a costa ajena. En una palabra, el conde de Brühl fué en sus relaciones extranjeras el mismo aventurero sin conciencia ni honra que era en toda la administración interior. La historia de las cortes del siglo XVIII tan henchida de infamias é inmundicias, difícilmente presenta un ejemplo mas repugnante que el que ofrecía este ministro nefasto.

El conde Enrique de Brühl, nació en 13 de agosto de 1700, y sin conocimientos ni méritos de ninguna clase, únicamente por medios arteros de cortesano, logró elevarse de simple paje en una corte que estaba abandonada de todos los genios benéficos desde su cambio de religión por el afán de ceñir la corona de Polonia, y que bajo el mando del reyelector Augusto el Fuerte había perdido el resto de moralidad que le quedaba. Desde la dirección de la hacienda pasó Brühl a ocupar en tiempo de Augusto III el puesto de ministro principal y con esto fué dueño de todo cuanto la Polonia y la Sajonia juntas tenían de empleos, títulos y beneficios. Todos los trabajos los hacían los escribientes y empleados subalternos, miserablemente retribuidos, mientras el ministro se quedaba con los pingües sueldos. Incapaz por ignorancia ó pereza de trabajar en persona, su única ocupación, a mas de la diplomacia, consistía en divertirse a su soberano con placeres variados, comedias, mascaradas, cacerías, recreos artísticos siempre nuevos a fin de mantenerle siempre alegre, sin darle tiempo para pensar ni en cuidados ni en deberes. Para el rey se había hecho esta vida de deleites continuos una necesidad, y no podía pasar ya sin el hombre cuya imaginación era inagotable en inventarle siempre nuevas satisfacciones y recreos. Brühl tenía rodeada la corte de una muralla invisible, pero impenetrable, de espías y otros instrumentos suyos, para separarla del pueblo y no permitir al monarca la vista de la miseria y de los padecimientos de sus súbditos, ni lo que costaba al país el cielo siempre sereno de su vida divertida, ni la eterna sonrisa de su fastuoso ministro. Si en medio de no interrumpidos deleites hería sus oídos a pesar de todas las precauciones algún grito discordante, se persuadía fácilmente de que había sido una alucinación vana. Sorprendióle un día un comandante con una petición en la cual los oficiales de su regimiento le recordaban que se les debían veinte meses de sueldo, y cuando preguntó sobre esto a su ministro Brühl, le aseguró este con cara de bronce que el tal jefe debía de estar demente porque se habían satisfecho los sueldos siempre con toda puntualidad. Esto lo demostró luego con los recibos de los oficiales,

y el mismo comandante certificó bajo su firma que tenía frecuentes ataques de locura, por cuya razón solicitó su retiro, con lo cual S. M. quedó tranquilo y alegre por tener un ministro tan íntegro, fiel y prodigioso. De esta manera creció la deuda del tesoro hasta una altura increíble, y con ella el peso de los impuestos. Desde el año 1750 no pagaba ya intereses el tesoro, el cual tomaba en depósito los caudales de las viudas y huérfanos devolviéndolos en certificados que ningún valor tenían. Con esto pudo el conde Brühl cabalmente entonces repartir un millón a los nobles polacos como regalo y comprar por 12 toneles de oro el museo de pinturas de Módena, sin hablar de innumerables otros gastos monstruosos de puro lujo. Añadiremos a este cuadro un rasgo por demás característico. En el electorado de Sajonia era el conde de Brühl protestante luterano, y no así como quiera, sino que poco satisfecho de los libros de oraciones en uso, escribió uno mas fervoroso si cabe, de su propia cosecha; pero cuando se hallaba en Polonia era católico devoto, porque allí no habría podido naturalizarse como ciudadano sin esta condición, y sin carta de naturaleza no podía adquirir estarostías ni vaivodazgos (1). Finalmente dejaremos la palabra a Federico el Grande: «El carácter del conde de Brühl es cobarde, rastrero, flexible, artero y píllo; le falta talento y memoria para ocultar sus mentiras; es falso, traidor y falaz. El rey, su señor, quiere que este dilapidador de los bienes de la monarquía, ostente por medio de derroches monstruosos la majestad de su corona. Es en nuestra época el hombre que posee la colección mas numerosa de porcelanas, relojes, vestidos y botas, pareciéndose a aquellos de los cuales dice Ciceron (mejor dicho César): «Van demasiado bien rizados y perfumados para que los tema.» Era necesario que la naturaleza produjera un príncipe como Augusto II, para que un conde de Brühl llegara a ser ministro habiendo tantos hombres de mérito.»

Es ocioso detenernos en la relación de las jugadas de la política artera, falaz, inconstante é impotente del conde de Brühl en tiempo de la guerra de sucesión austriaca, calculando primero sobre el desmembramiento de la monarquía austriaca, luego sobre el de la Prusia, para firmar después, en 16 de setiembre de 1741, una alianza con la Baviera con el objeto de enriquecerse otra vez con los despojos del Austria, y acabando por agregar su ejército al de Federico el Grande para ir a conquistar la Moravia. Para nuestro objeto basta saber que este conde de Brühl, después de dos años de torpezas enormes y desengaños, firmó en 20 de diciembre de 1743 un tratado de alianza defensiva con Austria, y en 4 de febrero de 1744 otro con Rusia, que fueron en adelante la base de su política extranjera en general, y en especial con la Prusia, y la causa de las innumerables y trascendentales desgracias que cayeron en adelante sobre la Sajonia. La primera de estas desdichas fué la guerra que tuvo con la Prusia el año 1745, que resultó tan fatal para ella conforme hemos visto, y la segunda su intervención en los planes austriacos de exterminio de la Prusia, de los cuales volveremos ahora a tratar para explicar la parte que en ellos tuvo la Sajonia.

En medio de la humillación profunda en que habían dejado al gobierno sajón la derrota sangrienta de Kesselsdorf y la vergonzosa paz de Dresde, tuvo esta corte, cuatro meses después de tantas desgracias, una grande é inesperada fortuna.

(1) *Vaivodazgo* equivale a condado ó principado palatino; y el príncipe gobernador de un distrito ó provincia, poco menos que soberano, se llamaba vaivoda. *Estarostías* son feudos, cuyos dueños tenían también su corte, muchos tenían además jurisdicción alta y baja, y pagaban al rey solo una cuarta parte y por lo general nada de las rentas del territorio. (N. del T.)